

EL PODER DE LAS IDEAS

Alfredo Joignant

Es usual escuchar que la política chilena carece de ideas, y que entre sus agentes principales lo que prevalece son más intereses particulares que fines colectivos, lo cual participa del descrédito y desprestigio de esta actividad. Así formulada, la afirmación es formalmente correcta, pero inexacta si se considera que el campo político se encuentra precisamente en el momento de tránsito hacia una configuración de mercado, algo tan común en el funcionamiento de este espacio cuando se entra en un periodo eleccionario. En efecto, no estamos presenciando grandes definiciones por parte de los partidos, y tampoco por quienes se han declarado pre-candidatos presidenciales: algunos afirman estar aportando ideas al debate (pero sin mediar tomas de posición en forma de oferta de bienes políticos), mientras que otros apelan a una definición de la virtud ajena a los partidos, y otros tantos a una cercanía con las personas, la gente o, simplemente, el pueblo (dependiendo de la orientación ideológica del interesado).

A decir verdad, este relativo silencio sobre los grandes temas se explica más por el momento procedimental por el que atraviesa el campo, que por las características de los candidatos y sus capacidades.

Si bien Chile Vamos ya adoptó una definición sobre sus propias primarias presidenciales en términos difícilmente reversibles, la controversia interna sobre las ideas y proyectos está muy lejos de haberse iniciado. Lo mismo ocurre en la Nueva Mayoría, aunque con bastante más atraso sobre sus propias definiciones partidarias de procedimiento. En ambas coaliciones, así como en el resto de los partidos nuevos, lo que predomina es un predecible timing estratégico, hecho de etapas y cronogramas, sin el cual el tránsito desde la condición de campo a la configuración de mercado político simplemente no es pensable. Es lo que explica que los pre-candidatos aun sean solo eso, en la medida que sus prácticas todavía se orientan por lo que los partidos pueden aceptar y no se traduzcan en formas explícitas de intercambio con los electores.

Pero la política procedimental durará poco, puesto que es evidente la centralidad que han ganado las ideas y la sana controversia ideológica que tanto intelectual público ha colocado mediante libros, columnas y todo tipo de textos, lo que los movimientos sociales masifican periódicamente en clave de acción colectiva. Qué duda cabe: las ideas constituyen armas, aunque no por sí mismas. Para que las ideas puedan producir efectos, se requiere que los agentes políticos se las apropien y moldeen el mundo a través de ellas, en la lucha que los enfrenta.

No tengo dudas que eso ocurrirá, aunque ignoro con qué profundidad y radicalidad. Sería extraño y criminal si la competencia electoral se desacoplara de las luchas por ideas: sería una perfecta contribución al desgano popular, a la irrelevancia del sufragio universal, cuya energía solo puede ser activada cuando los ciudadanos experimentan que algo importante se encuentra, realmente, en juego. Y para que eso ocurra, se requiere del poder de las ideas.